

✙
IC XC
✙

LA PÉRDIDA

— DE LA —

FE

¿REALIDAD
O FICCIÓN?



—✙— Господи, укрепи веру нашу —✙—

ARZOBISPO BASILIO

ARZOBISPO DE SANTIAGO Y TODO CHILE

Estas páginas fueron escritas para quienes buscan sin encontrar, encontraron sin buscar; dicen amar, pero odian; dicen odiar, pero aman. A quienes buscan una respuesta que, claramente no está en estas páginas y que solamente encontraran en su interior.



Basilio

Arzobispo de Santiago y todo Chile.
True Orthodox Church of the Diaspora.
Cel./WhatsApp+56990537432.
Website: <https://www.toc-d.net>

Capítulo I: Sonidos vacíos.

El eco de los pasos dentro de la nave central de la catedral ya no producía el mismo estremecimiento que antes. Para el padre Tomás, aquel sonido constante —el impacto del cuero desgastado sobre el mármol frío— había sido durante años una forma de oración en movimiento. Hoy, en cambio, le parecía el ruido hueco de un espacio sobredimensionado, una bóveda gigantesca diseñada para amplificar voces que ya nadie estaba allí para escuchar.

Eran las seis de la tarde de un martes.

Veinte años atrás, a esa misma hora, los bancos de madera crujían bajo el peso de decenas de fieles que buscaban refugio tras la jornada laboral. Ahora solo tres personas permanecían dispersas en una penumbra apenas interrumpida por la luz vacilante de un par de velas de cera sintética: una anciana en la tercera fila, un hombre exhausto que dormitaba al fondo y el propio Tomás, sosteniendo un breviario que, de pronto, le pesaba como si estuviera hecho de plomo.

—La fe no se pierde, Tomás —le había dicho el obispo semanas antes, durante una cena austera en la que el vino parecía más amargo de lo habitual—. Se eclipsa. Es el espíritu de los tiempos; el ruido del mundo moderno ensordece a las ovejas.

Pero Tomás no estaba seguro de que aquella metáfora astronómica fuera acertada. Un eclipse supone una sombra pasajera, un fenómeno externo e inevitable. Lo que él observaba cada día en la parroquia se parecía más a una erosión lenta, a un desgaste sistemático provocado no solo por el viento de fuera, sino también por la corrosión de dentro.

Cuando necesitaba respirar, salía a la calle sin el cuello clerical. Caminaba entre una multitud conectada a sus pantallas, inmersa en la urgencia del consumo, la productividad y el hiperindividualismo. Para aquella sociedad, la idea de un Dios lejano y castigador resultaba sencillamente irrelevante. Las respuestas que antes se buscaban en los altares ahora se encontraban en motores de búsqueda, en algoritmos de autoayuda o en la anestesia permanente de las redes sociales. ¿Para qué

pedir un milagro cuando se tiene la ilusión de controlarlo todo desde el bolsillo?

Sin embargo, habría sido cobarde culpar únicamente a la época. Tomás lo sabía bien. La crisis no era solo un síntoma de la modernidad, sino también la respuesta inevitable a una herida institucional. La Iglesia romana, la misma a la que había entregado su vida, había pasado demasiado tiempo atrincherada en la moralina, alejada de la compasión y asfixiada por sus propios escándalos de poder, corrupción y silencios cómplices. Se había exigido coherencia a los fieles mientras demasiados pastores vivían en la impunidad. La gente no había dejado de buscar lo sagrado; simplemente había aprendido a desconfiar de los intermediarios.

Se detuvo ante la gran puerta de roble y dirigió la mirada hacia la plaza, iluminada por los neones.

¿Era la pérdida de la fe una realidad trágica o una ficción nacida de la melancolía de una institución que veía desvanecerse su antiguo monopolio espiritual?

Tomás cerró el breviario sin terminar la lectura.

Quizá la fe no estaba muriendo, pensó, sino mudando de piel. Quizá el templo de piedra necesitaba vaciarse por completo para que la verdadera búsqueda pudiera comenzar de nuevo en el barro de la calle.

Capítulo 2: El aroma del incienso antiguo

Mateo no era un feligrés cualquiera.

Durante años ocupó la segunda banca a la izquierda de la catedral. Arquitecto, treinta y cinco años, de mirada serena y curiosidad inagotable, no se limitaba a asistir a la misa dominical. Casi siempre permanecía unos minutos después de la celebración para conversar con el padre Tomás sobre teología, historia, arte sacro o cualquier asunto que terminara conduciendo a Dios.

Por eso su ausencia dolía más que el vacío de las bancas anónimas.

Primero dejó de comulgar.

Luego dejó de asistir.

Nadie dio demasiada importancia al principio. Las personas desaparecen de las parroquias todos los días. Cambian de barrio, de trabajo, de horarios... o simplemente dejan de volver. Pero Tomás conocía demasiado bien a Mateo para creer que se trataba de una distracción pasajera.

Una tarde lluviosa lo encontró por casualidad al otro extremo de la ciudad.

Acababa de salir de una pequeña iglesia coronada por una cúpula dorada que sobresalía discretamente entre los edificios envejecidos del barrio antiguo: la parroquia ortodoxa de San Juan Crisóstomo.

Tomás no entró.

Esperó bajo el alero del edificio de enfrente mientras los pocos fieles abandonaban lentamente el templo después de la Divina Liturgia.

Mateo fue el último en salir.

Al verlo, sonrió con sincera alegría.

—Padre Tomás... No esperaba encontrarlo por aquí.

—Yo tampoco imaginaba encontrarte a ti.

La respuesta fue acompañada por una sonrisa cansada.

—Hace meses que no te veo por la catedral. Supongo que aquí encontraste algo que ya no podías encontrar con nosotros.

Mateo no respondió de inmediato.

Se limitaron a caminar hasta un pequeño café situado frente a la iglesia. El vapor que ascendía desde las tazas de té parecía dibujar una frontera invisible entre ambos: de un lado, un sacerdote romano agotado por las heridas de su propia institución; del otro, un antiguo feligrés que había decidido emprender otro camino sin haber abandonado la fe.

Tras unos instantes de silencio, Mateo habló.

—No me fui por rebeldía, padre.

Mantuvo la mirada fija sobre la taza.

—Me fui porque sentía que me estaba asfixiando.

Respiró lentamente antes de continuar.

—Cuando comenzaron a salir a la luz los nuevos casos de abusos encubiertos y los escándalos financieros de la diócesis, algo se quebró dentro de mí. Sé que el pecado existe en todas partes. Nunca esperé una Iglesia formada por hombres perfectos. Pero sí esperaba arrepentimiento. Lo que encontré fue burocracia, comunicados cuidadosamente redactados y una preocupante incapacidad para mirar primero a las víctimas.

Tomás permaneció en silencio.

No porque estuviera en desacuerdo.

Sino porque llevaba demasiado tiempo haciéndose las mismas preguntas.

—Pero no dejaste de buscar a Dios...

Mateo levantó la vista.

—Jamás.

Una paz difícil de explicar apareció en su expresión.

—La primera vez que asistí a la Divina Liturgia no estaba buscando argumentos. Ni una nueva confesión religiosa. Buscaba volver a encontrar lo sagrado.

Sonrió con cierta nostalgia.

—Todo era distinto. El incienso. Los íconos. El canto sin instrumentos. El silencio. Nadie parecía preocupado por hacer la liturgia más entretenida o actual. Nadie intentaba convencerme de que la Iglesia podía parecerse al mundo para que el mundo la aceptara.

Hizo una pausa.

—Por primera vez en mucho tiempo sentí que entraba en un lugar donde el tiempo no corría.

Tomás escuchaba sin interrumpir.

—Y luego conocí al padre Gabriel.

Mateo sonrió nuevamente.

—Es un sacerdote casado. Tiene tres hijos. Cuando converso con él no tengo la sensación de estar frente a un funcionario eclesiástico ni a una autoridad distante. Hablo con un hombre que conoce las alegrías y los cansancios de una familia. Que vive entre su gente. Que acompaña antes de enseñar.

Tomás recordó antiguos textos patrísticos leídos durante el seminario.

—Como en los primeros siglos...

—Eso mismo pensé.

Mateo asintió.

—La Ortodoxia no se sintió como descubrir algo nuevo. Se sintió como regresar a una casa muy antigua que nunca había dejado de estar allí.

El silencio volvió a instalarse entre ambos.

Esta vez ninguno sintió la necesidad de romperlo.

Al despedirse, Mateo estrechó la mano del sacerdote con el mismo afecto de siempre.

No había rencor.

Ni deseo de convencer.

Solo gratitud.

Tomás lo observó alejarse por la calle húmeda mientras las cúpulas doradas reflejaban la luz gris del atardecer.

Comprendió entonces que Mateo no había abandonado la fe.

Había ido en busca de un lugar donde aún pudiera respirarla.

Cuando regresó a la catedral, el eco de sus pasos volvió a acompañarlo por la inmensa nave vacía.

Se detuvo frente al antiguo crucifijo de madera.

Durante unos segundos contempló el rostro sereno de Cristo.

La pregunta ya no era si el mundo había dejado de creer.

La verdadera pregunta era cuánto tiempo puede sobrevivir una institución cuando la confianza comienza a abandonarla antes que sus fieles.

Capítulo 3: La última mesa

La luz de las nueve de la mañana entraba de sesgo por los vitrales laterales, dibujando franjas rojas y azules sobre las bancas de roble pulido.

Tomás vestía la casulla verde del Tiempo Ordinario. Mientras ajustaba el cíngulo alrededor de la cintura, sus manos no temblaron; sin embargo, el peso de la tela le pareció definitivo. Era la última vez que se revestía para presidir la Eucaristía en aquella catedral.

No había anunciado su partida mediante los boletines parroquiales ni desde el ambón. La curia le había pedido «discreción», el eufemismo habitual para evitar preguntas incómodas. Aun así, el rumor de su renuncia se había extendido en murmullos durante toda la semana.

Aquella mañana los bancos no estaban tan vacíos como de costumbre.

Unas treinta personas ocupaban distintos lugares de la nave central.

Allí estaba la señora Elena, en la primera fila, sosteniendo su rosario desgastado con los nudillos deformados por la artritis.

Tres filas más atrás permanecía sentado Mateo. Había regresado por un solo día a la vieja catedral para acompañarlo en su despedida.

Cuando llegó el momento de la homilía, Tomás no subió al púlpito ni permaneció detrás del ambón de mármol.

Descendió los tres escalones del presbiterio y se detuvo a pocos metros de la primera banca.

—Durante años les hablé desde aquí sobre la fidelidad, el perdón y la esperanza. Les pedí que confiaran en Dios y que buscaran el Reino en medio de un mundo ruidoso y confuso.

Hizo una breve pausa y recorrió con la mirada los rostros cansados que tenía delante.

—Hoy debo confesarles algo que quizá muchos ya intuyen. Yo también he estado buscando. Y, en esa búsqueda, comprendí que no puedo pedirles coherencia si yo mismo dejo de vivirla. Me marchó, no porque haya dejado de creer en el amor de Dios, sino porque ya no puedo seguir sirviendo a una estructura que ha confundido la custodia del Evangelio con la protección de sus propios privilegios e impunidades.

Un murmullo apenas perceptible recorrió la nave.

La señora Elena se secó discretamente una lágrima con el borde de su pañuelo.

—La fe no habita en las bóvedas de piedra ni en los títulos eclesiásticos. Habita en la verdad, en la compasión y en la capacidad de mirar al otro a los ojos sin doblez. Si esta institución ha perdido el rumbo, no permitan que sus almas lo pierdan con ella. Busquen lo sagrado en lo sencillo, en la justicia y en el abrazo al que sufre; lejos de los altares que olvidaron para qué fueron levantados.

Durante la liturgia eucarística, cada gesto tuvo una lentitud casi sacramental.

Al pronunciar las palabras de la consagración, Tomás no pensó en la curia, ni en el obispo, ni en las leyes canónicas.

Pensó en la fragilidad de las personas que tenía delante.

Cuando distribuyó la comunión, sostuvo la mirada de cada uno de los fieles. Ya no entregaba el Pan como un funcionario del culto, sino como

un hermano que se despide de quienes han compartido la misma mesa.

Al concluir la misa, no regresó a la sacristía con la cabeza inclinada.

Después de impartir la bendición final, se quitó la casulla y el alba delante de todos. Las dobló cuidadosamente y las dejó sobre el altar.

Quedó vestido únicamente con un pantalón oscuro y una sencilla camisa de calle, sin el cuello clerical.

Caminó hacia la salida.

En el atrio, la señora Elena se acercó y tomó sus manos.

—Gracias por no mentirnos, padre.

Su voz apenas era un susurro.

—Que Dios lo acompañe dondequiera que vaya.

Mateo lo esperaba junto a la gran puerta de roble.

No hicieron falta discursos.

Un abrazo largo y un leve asentimiento bastaron para expresar una comprensión que ya no necesitaba palabras.

Tomás cruzó el umbral de la catedral y salió a la plaza.

El aire fresco de la mañana le golpeó el rostro.

A sus espaldas, las campanas permanecieron en silencio.

Frente a él, la ciudad seguía latiendo con la indiferencia de todos los domingos: ajena a los dogmas, ajena a las despedidas, pero llena de vidas reales esperando ser vividas sin máscaras.

Capítulo 4: El caleidoscopio roto y el nuevo altar

Un año después de haber dejado la catedral, Tomás trabajaba en la biblioteca de un archivo histórico municipal. Sus manos, que antes sostenían cálices de plata, ahora restauraban manuscritos ajados por el tiempo. No extrañaba la sotana. En la simplicidad de su nueva rutina había encontrado una paz interior que la burocracia eclesiástica le había negado durante más de una década.

Una tarde de otoño, Mateo lo invitó a tomar un café. Llevaba una barba más poblada y una vestimenta sobria; en su mirada persistía la tranquilidad de quien ha encontrado su puerto, aunque también una nueva gravedad. Estaba concluyendo sus estudios de teología pastoral y preparándose para ser ordenado diácono dentro de la Iglesia Ortodoxa.

—Pronto seré ordenado diácono —dijo Mateo mientras Tomás servía el té—. Y las cosas se ven muy distintas desde dentro.

Tomás sonrió con sincera alegría.

—Te felicito. Sé que tu búsqueda era auténtica.
¿Cómo vives este paso?

Mateo permaneció unos segundos en silencio antes de responder.

—Con reverencia... pero también con mucho realismo. Cuando aún estaba en los bancos romanos veía la Ortodoxia como un oasis místico, casi intocable. Ahora que estudio su historia y su teología comprendo algo distinto: la distancia que la separa de Roma es mucho más profunda de lo que imaginaba.

Tomás apoyó lentamente la taza sobre el plato.

—¿Tan profunda es?

—Más de lo que parece. No hablamos simplemente de diferencias administrativas. Hablamos de dos maneras distintas de entender qué es la Iglesia.

Tomás esperó.

—Para Roma —continuó Mateo— la unidad pasa necesariamente por el Obispo de Roma. El Primado Papal y la jurisdicción universal del Papa son elementos esenciales de su eclesiología.

Tomás asintió.

—Mientras que Oriente...

—...vive desde la sinodalidad. Ningún obispo gobierna sobre toda la Iglesia. El Patriarca Ecuménico de Constantinopla conserva un primado de honor, un *primus inter pares*, pero jamás una autoridad universal sobre los demás patriarcas.

El antiguo sacerdote guardó unos segundos de silencio.

—Dos modelos difíciles de reconciliar.

—Y esa es solo una parte del problema.

Mateo tomó un sorbo de té antes de continuar.

—También está el Credo.

Tomás sonrió con melancolía.

—El *Filioque*.

—Muchos piensan que se trata únicamente de añadir tres palabras. Pero para Oriente esa modificación altera la comprensión tradicional de la Trinidad, tal como fue transmitida por los Padres de la Iglesia y proclamada en los Concilios Ecuménicos.

El silencio volvió a instalarse entre ambos.

Tomás observó por la ventana las hojas que el viento hacía girar sobre la vereda.

—Entonces... ¿qué lugar ocupan los esfuerzos del Patriarca Bartolomé para acercarse a Roma?

Mateo reflexionó antes de responder.

—Su intención es sincera. Busca el diálogo y desea aliviar una herida que lleva casi un milenio abierta.

—Pero no todos comparten ese camino.

Mateo negó lentamente con la cabeza.

—No. Gran parte del monacato del Monte Athos observa esas iniciativas con enorme desconfianza. Lo mismo ocurre con sectores importantes del Patriarcado de Moscú y otras jurisdicciones ortodoxas. Temen que cualquier acercamiento implique sacrificar aspectos esenciales de la fe.

Tomás suspiró.

—Entonces el problema nunca ha sido político.

—Nunca lo ha sido. La diplomacia puede acercar personas. Pero la comunión eucarística solo puede existir cuando existe una misma fe.

Tomás permaneció pensativo.

—Roma busca la unidad bajo una misma sede.

—Mientras que la Ortodoxia entiende que la unidad nace primero de la fidelidad íntegra a la fe apostólica —concluyó Mateo—. Compartir el mismo cáliz es consecuencia de esa unidad, no su punto de partida.

El antiguo sacerdote sonrió con cierta tristeza.

—Y mientras tanto, el creyente común solo busca un lugar donde la fe no sea sofocada por el poder.

Mateo asintió sin responder.

Al despedirse aquella tarde, Tomás vio en su antiguo feligrés la continuidad de una llama que no se había extinguido, sino que simplemente había cambiado de candelabro. Comprendió que no había perdido la fe; solo había encontrado otro hogar para custodiarla.

La conversación no terminó allí.

Días después, Mateo invitó a Tomás a su pequeño apartamento. El lugar olía a café recién molido y a libros antiguos. Sobre la mesa del comedor descansaban varios mapas, cuadernos y ediciones bilingües de los Padres de la Iglesia.

Mientras la tarde comenzaba a oscurecer, Mateo desplegó un gran mapa del continente americano. Pequeñas cruces rojas aparecían dispersas desde Alaska hasta Tierra del Fuego.

—Mira esto.

Tomás ajustó sus anteojos.

—¿Qué representan?

—Parroquias.

Recorrió el mapa con el dedo.

—Chicago. Dallas. Ciudad de México. Bogotá. Lima. Santiago. Buenos Aires.

Tomás levantó la vista.

—¿La vieja inmigración griega y rusa?

Mateo sonrió.

—Eso pensaba yo al principio.

Negó lentamente.

—Pero ya no.

Hizo otra pausa.

—La mayoría de quienes llegan ahora no nacieron ortodoxos.

Tomás arqueó una ceja.

—¿Locales?

—Cada vez más.

El dedo siguió avanzando sobre el mapa.

—Muchos vienen del protestantismo.

Otra marca.

—Otros del catolicismo romano.

Otra más.

—Y otros simplemente comenzaron a buscar una fe que conservara el sentido del misterio.

Tomás permaneció observando el mapa.

—Parece una búsqueda de las raíces.

—Exactamente.

Mateo sonrió.

—Cuando una institución pierde credibilidad, la gente no siempre abandona a Dios. Muchas veces simplemente vuelve a hacer la pregunta desde otro lugar.

Tomás tomó lentamente su taza.

—La secularización prometió llenar ese vacío.

—Pero no pudo hacerlo.

Mateo apoyó ambas manos sobre la mesa.

—En el norte existe un profundo cansancio del protestantismo convertido en espectáculo. En América Latina crece la decepción hacia una Iglesia romana debilitada por sus escándalos y por una constante adaptación al mundo moderno. Muchos creyentes buscan justamente lo contrario.

—Lo permanente.

—Sí.

Mateo sonrió.

—El incienso. La liturgia. Los Padres de la Iglesia. La continuidad histórica. La sensación de entrar en un lugar donde el tiempo todavía conserva memoria.

Tomás asintió lentamente.

—No buscan algo nuevo.

—Buscan algo antiguo que siga vivo.

El silencio volvió durante unos segundos.

Después Mateo señaló nuevamente el mapa.

—Pero el cambio más importante no es geográfico.

Tomás lo observó.

—Es cultural.

Tomás esperó.

—Durante mucho tiempo la Ortodoxia fue vista como una religión extranjera. Hoy la Divina Liturgia se celebra en español, inglés y portugués. Hay sacerdotes nacidos aquí. Familias completas que jamás tuvieron raíces griegas, rusas o árabes.

Sonrió.

—No estamos importando una cultura. Estamos anunciando la misma fe con la lengua de nuestro propio pueblo.

Tomás dejó escapar una sonrisa sincera.

—Eso sí representa un verdadero cambio.

—Y también una enorme responsabilidad.

El antiguo sacerdote apoyó los codos sobre la mesa.

—Ningún crecimiento está libre de peligros.
¿Cuáles ves tú?

Mateo levantó dos dedos.

—Dos grandes riesgos.

Bajó uno.

—La fragmentación jurisdiccional.

Tomás asintió.

—Demasiados obispos para una misma ciudad.

—Exactamente. Griegos. Rusos. Antioqueños. Serbios. Cada uno dependiendo de un sínodo diferente. Para quien llega desde fuera, esa realidad puede resultar desconcertante.

Bajó el segundo dedo.

—Y el otro peligro es el celo excesivo del converso.

Tomás sonrió con comprensión.

—El rigorismo.

—Sí.

Mateo suspiró.

—Existe el riesgo de obsesionarse tanto con los cánones y las formas exteriores que se olvide la misericordia. Si la Ortodoxia en las Américas termina convirtiéndose en un club de puristas dedicado a condenar al resto del mundo, repetirá exactamente el mismo error del que muchos hemos intentado escapar.

Tomás apoyó lentamente la mano sobre la mesa.

—El clericalismo y la soberbia cambian de vestiduras, pero conservan el mismo veneno.

Mateo sonrió.

—Por eso el altar nunca debe existir para juzgar.

Tomás completó la frase.

—Sino para sanar.

Ambos permanecieron unos segundos en silencio.

Después Mateo volvió a hablar con una serenidad distinta.

—Hay algo más que no quiero que se pierda entre toda esta conversación.

Tomás levantó la mirada.

—La Ortodoxia no sobrevivirá si termina negociando aquello que recibió.

El silencio llenó nuevamente la habitación.

—Lo que hoy atrae a tantas personas no es una religión más cómoda. Es precisamente encontrarse con una tradición que no siente la necesidad de reinventarse en cada generación.

Tomás permaneció escuchando.

—No ofrecemos novedades —continuó Mateo—. Ofrecemos continuidad. Los mismos Padres. La misma Liturgia. Los mismos Misterios. La misma fe recibida de los Apóstoles. Si algún día dejamos de custodiar ese depósito, dejaremos de tener algo distinto que ofrecer.

La conversación terminó sin grandes conclusiones.

Cuando Tomás abandonó el apartamento, la noche había cubierto la ciudad.

Mientras caminaba bajo el aire fresco del otoño,
comprendió que la fe no estaba desapareciendo.
Tampoco estaba regresando al pasado.

Simplemente seguía buscando un lugar donde el
tiempo no hubiera conseguido borrarla.

Capítulo 5: Las manos sobre la cabeza y el vestido blanco

La pequeña capilla carecía de la majestad de la antigua catedral de mármol. Sin embargo, en el aire espeso por el incienso de mirra respiraba algo que Tomás no había sentido en años: la presencia sobrecogedora de lo sagrado, desnuda de todo artificio.

Era una luminosa mañana de primavera. Frente al iconostasio, cubierto por los santos iconos de Cristo, de la Theotokos y de los santos, Mateo permanecía de pie con una túnica blanca y la cabeza inclinada. A su lado, su esposa Elena acompañaba el momento en silencio, sostenida por la mirada cálida de la pequeña comunidad que llenaba el templo.

Tomás observaba desde el fondo, apoyado sobre una columna de madera y vestido con una sencilla camisa gris. Ver a Mateo allí, a punto de ser ordenado diácono de la Verdadera Ortodoxia, despertaba en él una emoción difícil de nombrar. No era nostalgia. Mucho menos envidia. Era un consuelo sereno. El hilo invisible que creyó roto

en la vieja estructura jamás se había cortado; simplemente había comenzado a tejerse en otro telar.

El obispo, un anciano de barba nívea y ojos extraordinariamente serenos, elevó lentamente las manos mientras pronunciaba las antiguas oraciones de ordenación, invocando la gracia del Espíritu Santo sobre el candidato.

Cuando colocó el *orarion* sobre los hombros de Mateo, su voz resonó con firmeza por toda la capilla.

—¡Axios!

El coro respondió de inmediato.

—¡Axios!

Y, como un solo cuerpo, toda la asamblea repitió con fuerza:

—¡Axios! ¡Axios! ¡Axios!

Las paredes de madera parecieron devolver el eco de aquella palabra que atravesaba los siglos.

Es digno.

Tomás sintió un nudo en la garganta. Durante años había presenciado ceremonias impecables

desde el punto de vista litúrgico, pero vacías de vida. Aquella, en cambio, celebrada en un templo humilde y sin ninguna pompa, le pareció inmensamente más grande.

No porque fuera perfecta.

Sino porque era verdadera.

Después de la Divina Liturgia, los fieles comenzaron a reunirse en el patio para compartir el pan, el café y los alimentos que cada familia había llevado. No había salones parroquiales monumentales ni largas mesas de protocolo. Solo bancos de madera, niños corriendo entre los árboles y conversaciones sencillas.

Mateo buscó a Tomás con la mirada.

Al encontrarse en el atrio, el nuevo diácono caminó directamente hacia él.

—Gracias por venir.

Su voz todavía conservaba la emoción contenida de la ceremonia.

Tomás tomó sus manos con afecto.

—No me lo habría perdido por nada del mundo.

Guardó unos segundos de silencio.

—Hoy he visto descender sobre ti algo que en demasiados lugares terminó convirtiéndose en un simple trámite administrativo.

Lo miró fijamente.

—Protégelo. No permitas que la costumbre apague el asombro.

Mateo asintió.

—Lo intentaré.

Dirigió la mirada hacia la pequeña comunidad que conversaba unos metros más allá.

—No será sencillo. Somos pocos. Los recursos apenas alcanzan. No existen grandes presupuestos ni estructuras capaces de sostenernos. De lunes a viernes seguiré ejerciendo como arquitecto. Serviré en el altar cuando mi trabajo me lo permita.

Sonrió.

—Pero precisamente ahí descubro una libertad que nunca había imaginado. Nada me obliga a permanecer aquí excepto el amor por Cristo y por su Iglesia.

Tomás comprendió inmediatamente el peso de aquellas palabras.

Durante demasiados años había visto cómo el ministerio terminaba dependiendo de oficinas, reglamentos y equilibrios políticos. Allí, en cambio, el servicio parecía volver a descansar sobre los hombros de hombres comunes.

—Tu verdadero desafío empieza hoy —dijo con serenidad—. Conserva intacta la fidelidad a los Santos Cánones y a la enseñanza apostólica, pero nunca permitas que la ortodoxia se transforme en dureza.

Mateo escuchaba atentamente.

—El mundo está lleno de hombres heridos. Si algún día olvidas eso, dejarás de parecerte a Cristo. No busques vencer al mundo. Busca sanarlo.

El nuevo diácono sonrió con humildad.

—Ruega por mí.

—Lo haré.

Se abrazaron largamente.

Aquella tarde, mientras regresaba caminando a su apartamento, Tomás comprendió por primera vez el sentido de todo cuanto había vivido.

Su paso por la antigua catedral no había sido un fracaso.

Tampoco su renuncia.

Había sido un puente.

Había tenido que atravesar la ruina de una estructura para descubrir que la fe no pertenece a las instituciones, sino a Cristo; y que ninguna decadencia humana puede extinguir aquello que el Espíritu Santo sigue haciendo florecer en los corazones dispuestos a recibirlo.

Las campanas de la pequeña capilla comenzaron a sonar detrás de él.

Tomás no volvió la vista.

No era necesario.

Sabía que el Reino de Dios continuaba su marcha silenciosa, como siempre lo había hecho: sin estruendo, sin poder, sin necesidad de imponerse.

Y comprendió, al fin, que la verdad nunca necesita conquistar el mundo.

Solo necesita permanecer fiel para que, tarde o temprano, el mundo vuelva a buscarla.

Capítulo 6: El santuario de lo cotidiano

Sanar no fue un acontecimiento repentino ni un relámpago que rasgara la oscuridad. Fue un proceso silencioso, parecido al modo en que el polvo termina por asentarse en una habitación cuando, después de mucho tiempo, alguien decide abrir las ventanas.

Durante los primeros meses tras dejar la sotana, Tomás convivió con un vacío que rozaba el vértigo. Durante quince años el calendario litúrgico había ordenado cada jornada, desde los maitines hasta las vísperas. De pronto, el tiempo dejó de dividirse en fiestas y ayunos para confundirse con el ritmo sencillo de los hombres comunes.

Y, contra todo pronóstico, aquella sencillez comenzó a sanar algo dentro de él.

Su trabajo como archivista y restaurador de documentos antiguos le exigía una paciencia distinta a la del ministerio parroquial. Restaurar un manuscrito era aceptar que nada podía apresurarse. El papel tenía su propio tiempo para

secar. La tinta necesitaba volver a fijarse lentamente. Toda intervención precipitada terminaba destruyendo aquello que se pretendía salvar.

Una tarde de invierno llegó al archivo una muchacha con una caja de cartón entre los brazos. Su respiración era entrecortada y los ojos aún conservaban el brillo reciente del llanto.

—Me dijeron que usted puede salvarlos.

Depositó la caja sobre la mesa.

Dentro había decenas de cartas humedecidas por una fuga de agua.

—Son las únicas cartas que me dejó mi abuelita. Si desaparecen... siento que ella desaparece con ellas.

Tomás abrió cuidadosamente la caja.

Tomó la primera hoja con la misma delicadeza con la que, años atrás, había sostenido una reliquia.

Sonrió.

—Todavía tienen esperanza.

La joven respiró por primera vez con calma.

—¿De verdad?

—El papel es más resistente de lo que parece.
Solo necesita tiempo... y paciencia.

Durante las siguientes horas ambos trabajaron en silencio. Mientras separaban cuidadosamente cada hoja utilizando papel secante y pequeñas pinzas, la muchacha comenzó a hablar.

Habló de la muerte de su abuelita.

De la ciudad que aún le resultaba extraña.

De la soledad.

Del miedo.

Tomás no citó versículos.

No ofreció respuestas prefabricadas.

No intentó explicar el sufrimiento.

Simplemente escuchó.

Y comprendió que, muchas veces, la forma más profunda de acompañar a una persona consiste en permanecer junto a ella sin intentar llenar inmediatamente todos los silencios.

Cuando terminó el trabajo, la joven sostuvo las primeras cartas ya estabilizadas.

Sus manos seguían temblando.

—Gracias...

Hizo una pausa.

—Siento como si pudiera respirar otra vez.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Tomás permaneció solo en el taller.

Observó sus manos manchadas de polvo, tinta y humedad.

Entonces comprendió algo que jamás había alcanzado a entender mientras vestía la sotana.

Su vocación nunca había dependido de una institución.

Ni de una vestidura.

Ni siquiera de un altar.

Lo que Dios había puesto en él seguía intacto: la capacidad de recibir el dolor ajeno sin apropiárselo; de restaurar lo que parecía perdido; de convertirse, aunque solo fuera por un instante, en un puente hacia la esperanza.

Poco después comenzó a colaborar como voluntario en un refugio nocturno para personas sin hogar.

Allí no existían púlpitos.

No había vestiduras litúrgicas.

Ni grandes debates teológicos.

Había sopa caliente.

Mantas.

Heridas.

Miradas cansadas.

Y una humanidad desnuda que ya no necesitaba discursos, sino presencia.

Tomás descubrió que, mientras servía un plato de comida o compartía una taza de café, encontraba una paz que jamás había experimentado en los interminables pasillos de la curia.

Una noche, Mateo apareció en el refugio después de terminar la Divina Liturgia.

Encontró a Tomás riendo con un anciano mientras le llenaba nuevamente la taza.

Esperó unos minutos antes de acercarse.

—Te ves distinto.

Tomás levantó la mirada.

Sonrió.

—Estoy en paz.

Mateo observó el comedor lleno de conversaciones sencillas.

—Has encontrado tu lugar.

Tomás negó lentamente.

—No.

Miró a su alrededor.

—He descubierto que nunca lo había perdido.

Guardó unos segundos de silencio.

—Durante años creí que servir a Dios consistía en sostener una institución. Hoy comprendo que el verdadero templo también se levanta aquí.

Señaló las mesas.

—Entre quienes tienen hambre.

Después miró a Mateo.

—Tú custodias el altar y la Tradición. Yo acompaño a quienes llegan con el alma hecha pedazos. Son caminos distintos, pero ambos conducen al mismo Cristo.

Mateo sonrió.

No hizo falta añadir nada más.

Al salir del refugio, Tomás levantó la vista hacia el cielo nocturno.

Las luces de la ciudad apenas dejaban ver unas pocas estrellas.

Pensó en la enorme catedral donde había pasado tantos años.

Pensó en la pequeña capilla ortodoxa.

Pensó en aquel comedor humilde.

Y comprendió que Dios nunca había estado encerrado en ninguno de esos lugares.

Los templos eran necesarios.

La Liturgia era necesaria.

La Tradición era necesaria.

Pero todo ello existía para conducir al hombre hacia un encuentro vivo con Cristo, no para sustituirlo.

Mientras caminaba hacia su casa, sintió que la pregunta que había acompañado toda su travesía encontraba finalmente una respuesta.

La fe no se había perdido.

Solo había dejado de buscar refugio en las certezas humanas para volver a habitar, silenciosamente, allí donde siempre había comenzado: en un corazón dispuesto a amar.

Capítulo final: El pan y los íconos

Cinco años después, el otoño volvió a teñir de dorado los árboles de la ciudad.

Tomás vivía en una pequeña casa con jardín, en las afueras. Dividía sus días entre el archivo histórico y un modesto taller donde restauraba manuscritos, fotografías y tallas de madera antiguas. Su lugar favorito era la mesa del porche: un viejo tablero de roble que él mismo había lijado y donde el sol de la tarde se demoraba unos minutos antes de esconderse.

Escuchó el motor de un automóvil detenerse frente a la entrada. Poco después, la puerta del jardín se abrió y apareció Mateo.

El tiempo había plateado algunos mechones de su cabello, pero no había apagado la serenidad de su mirada. Vestía la riasa negra de los sacerdotes ortodoxos y caminaba con la calma de quien ha aprendido que la autoridad verdadera nunca necesita exhibirse. Tras años de servicio como diácono, había sido ordenado presbítero y atendía una comunidad que crecía silenciosamente año tras año.

No hubo saludos ceremoniosos.

Se abrazaron como dos hombres que habían recorrido juntos el mismo desierto.

Mateo dejó sobre la mesa un pan bendito (*artos*), envuelto en un paño blanco, y un pequeño ícono pintado a mano de la Santísima Trinidad. Tomás respondió trayendo una jarra de vino tinto y dos vasos gruesos de vidrio.

—Elena y los niños se quedaron en la parroquia preparando la fiesta patronal —dijo Mateo mientras servía el vino—. Hoy volvieron a faltar asientos. Llegaron tres familias nuevas.

Tomás sonrió.

—¿Siguen llegando?

—Más de lo que imaginábamos. Algunos vienen del protestantismo; otros, del catolicismo romano. No buscan una religión distinta. Buscan una fe que no cambie con cada generación.

Tomás tomó el ícono entre las manos. La pintura era sencilla, sin adornos innecesarios, pero transmitía una paz difícil de explicar.

—Has construido un verdadero refugio, Mateo.

El sacerdote negó lentamente con la cabeza.

—No lo construí yo. Solo intenté no apagar el fuego que otros recibieron mucho antes que nosotros.

Guardaron unos segundos de silencio.

—No ha sido fácil —continuó Mateo—. Sostener una comunidad pequeña exige sacrificios. Hay días en que el cansancio pesa más que la alegría. Pero cuando veo a una persona entrar perdida y descubrir nuevamente el sentido de la oración... recuerdo por qué acepté esta cruz.

Tomás llenó nuevamente los vasos.

—¿Y tú? —preguntó Mateo—. ¿Encontraste lo que buscabas cuando dejaste la catedral?

Tomás tardó en responder.

Miró sus manos.

Por la mañana habían restaurado un manuscrito del siglo XIX; la noche anterior habían servido sopa caliente en el comedor comunitario. Eran las mismas manos que durante años habían elevado el cáliz sobre un altar de piedra.

Sonrió con una serenidad desconocida para el hombre que había sido cinco años atrás.

—Encontré la verdad sin disfraces. Durante mucho tiempo creí que mi vocación dependía de una institución. Hoy sé que dependía únicamente de la fidelidad con que amara a los demás. Tú fuiste llamado a custodiar el altar y la enseñanza apostólica. Yo fui llamado a descubrir que el altar también puede levantarse en una mesa, en un taller o junto a una persona que necesita ser escuchada.

Mateo asintió lentamente.

No había desacuerdo entre ellos.

Solo dos caminos distintos nacidos de una misma búsqueda.

Tomó el *artos*, lo partió cuidadosamente y ofreció la mitad a Tomás.

—Dos vocaciones.

Tomás recibió el pan con una sonrisa.

—Una misma verdad.

Comieron en silencio mientras el sol desaparecía detrás de las colinas.

Las primeras luces de la ciudad comenzaron a encenderse una tras otra, como pequeñas lámparas desafiando la llegada de la noche.

Durante un largo rato ninguno habló.

Ya no era necesario.

Ambos habían comprendido, después de tantos años, que la verdadera pérdida de la fe nunca había consistido en el cierre de iglesias ni en la disminución de los fieles, sino en olvidar que Dios jamás puede quedar prisionero de una institución.

Y que toda comunidad, por santa que se considere, solo permanece viva mientras conserve la humildad suficiente para dejar que la verdad la juzgue antes de pretender juzgar al mundo.

Sobre la mesa quedaron el pan partido, el vino compartido y el pequeño ícono iluminado por la última luz del día.

Era poco.

Y, sin embargo, para ambos, era suficiente.